

50
GS

EDICIONES
IDEALES

ROBERT MONTGOMERY
MADGE EVANS
SALLY EILERS

PROPAGANDA

La **Mujer**
que he **creado**

EDICIONES IDEALES

— DE —

La Novela Semanal Cinematográfica

(Publicación semanal
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis Ediciones BISTAGNE BARCELONA

AÑO I

Número 21

LA MUJER QUE HE CREADO

Magnífico asunto interpretado por ROBERT MONTGOMERY
MAGDE EVANS, SALLY EILERS, etc.

Dirección:

HARRY BEAUMONT

Es un film de la famosa marca

Metro-Goldwyn-Mayer



Distribuído por

METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA, S. A.

Mallorca, 201 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

La mujer que he creado

Argumento de la película

I

La casa de Jeff parecía un club nocturno.

La puerta del salón estaba guardada por un mayordomo vestido de smoking, que si bien no tenía nada de elegante, se desenvolvía con inteligencia y desenfado.

En un ángulo del salón estaba el bufett.

Criados de uniforme servían a los visitantes que aumentaban por momentos y que iban llenando el mostrador y las mesitas del salón.

La concurrencia era distinguida y estaba a tono con la suntuosidad de aquel interior. ¿Casa particular? ¿Restaurante nocturno? Ambas cosas al mismo tiempo.

Caballeros, personalidades, muchachas modernas, damas distinguidas que todo lo sacrifican a la independencia... Esta era la clase social que llenaba los salones de Jeff.

La puerta se abrió y entró un nuevo visitante.

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barberá, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 155 - Teléfono 76507

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

El mayordomo avanzó para tomar el sombrero que aquél llevaba en la mano.

—Y, al mismo tiempo, le dijo:

—El señor comisario le espera, señor alcalde.

—¿Dónde está?

—Junto a la terraza, señor alcalde.

—Gracias.

En efecto, el alcalde vió que en una mesa cercana a la terraza estaba el comisario acompañado de algunos amigos.

Hacía allí se dirigió.

Alguna *cocotte* que se había mezclado a las damas de la aristocracia, sin distinguirse mucho de ellas por cierto, saludaba alegramente al alcalde.

—¡Qué agradable sorpresa, señor Starling!

—Eso digo yo: ¡qué sorpresa tan agradable!

—Tenemos que continuar aquella conversación que empezamos la semana pasada.

—Tendremos que dejarlo para otro día, con mucho sentimiento por mi parte. Me esperan unos amigos para tratar una cuestión inaplazable.

—¿Usted con amigos? Es la primera vez que lo veo entre caballeros.

—Y me verá usted pocas veces. Los hombres sólo son buenos para los negocios. En cambio, la mujer...

—No siga. Ese canto a la belleza femenina me lo sé de memoria.

Saludando a unas y otros, el alcalde llegó hasta donde estaban sus amigos esperándole.

—¿Qué novedades hay? —preguntó.

El comisario desplegó un periódico.

—Lea usted. Este maldito papelucito ha emprendido una campaña contra mí. Me acusa de dar empleo a toda mi familia. ¿La voy a meter en un asilo?

El alcalde cogió el periódico y leyó las primeras líneas del artículo que el comisario señalaba con el dedo.

“Ciento diez y ocho parientes, con grandes sueldos que suman al año muchos cientos de miles de dólares...”

El alcalde suspendió la lectura y comentó:

—Este periódico sabe matemáticas.

—¿Qué hacer? —exclamó el comisario desolado—. Voy a dejar en la calle a todos mis parientes? ¿Puedo encogerme de hombros ante esta campaña infamante?

—Esperemos a que llegue Jeff. El lo arreglará.

Entretanto, en el despacho de Jeff, pieza cercana al salón, dos caballeros hablaban de este modo:

—Verás como Jeff te lo arreglará todo satisfactoriamente.

—Por lo visto, es un genio para resolver dificultades.

—En efecto, tiene grandes ideas.

Un camarero les puso delante una bandeja con dos copas y una botella de licor.

Cuando se marchó el mozo, dijo uno de los caballeros:

—¿Esto es un bar o una casa particular?

—Esto es que Jeff da de beber gratis a todo el que le visita.

—Pues se va a arruinar!

—No lo creas. A él lo que le conviene es atraer a los clientes para después pasar muchas facturas.

—Comprendido. Añade cierta cantidad para compensar el derroche que hace en bebidas.

—Ese es el secreto.

Y como en éste y en el que formaban el alcalde, el comisario y sus amigos, en todos los grupos se hablaba de Jeff.

II

Llegó Jeff. Era un hombre joven y de aspecto simpático. Iba elegantemente vestido.

El mayordomo fué a su encuentro al verlo entrar.

—¿Me espera alguien?—preguntó Jeff.

—Sí. El señor comisario, la señorita Manners y... su esposa. Repartiendo saludos y sonrisas, Jeff cruzó el salón.

A una de las primeras personas que saludó fué a Clara, su esposa.

Esposa que muy pronto había de dejar de serlo porque se estaba tramitando el divorcio entre ambos.

Hablaron como dos camaradas.

—¿Nos veremos esta noche en casa de Verring?

—No es probable. Tengo mucho que hacer.

—Ya veo que tu negocio marcha.

—No me puedo quejar.

Después se dirigió a la señorita Manners. Pasó el brazo por los hombros de la joven.

—¿Qué hay de bueno, amigos míos?

—Yo estoy encantada—repuso la señorita Manners—. Tu idea de que adoptara un nene para que se olvidara mi divorcio ha sido magnífica.

—Me alegro de que estés tan satisfecha, querida.

Después fué a reunirse con el grupo del que formaba parte el alcalde. Solucionó el asunto que tanto preocupaba al comisario y continuó saludando a los demás clientes.

Iba de mesa en mesa y para todos tenía una sonrisa o una frase amable..

Verdaderamente, era admirable la actividad que desplegaba Jeff.

* * *

Estaba decidido a acostarse temprano aquella noche.

Temprano quería decir para Jeff las dos de la madrugada.

Se retiró a su despacho y su secretaria—en aquella casa se trabajaba de noche—empezó a darle cuenta de los asuntos pendientes.

Jeff bostezaba. Se quitó el frac, se desabrochó el cuello y se dejó caer en un enorme sillón donde desapareció por completo.

—La señorita Manners ha telefoneado—dijo la secretaria.

—Ya la he visto. Mándele la cuenta.

—¿Cuánto?

—Póngale usted cien dólares.

—Debe usted cobrar más.

—Pues póngale 200.

Siguió la secretaria exponiendo asuntos. Sociedades que querían negociar empréstitos, conflictos familiares, negocios que se hallaban en peligro.

Para todo tenía el ingenio de Jeff solución adecuada.

Cuando había dicho a la secretaria la contestación que debía dar en cada caso, preguntó:

—¿Algo más?

—Sí, señor. Hay aquí una carta de su señora.

—¿Qué se le ofrece? Me extraña que no me lo haya dicho de palabra. La he visto esta noche.

—Es un asunto delicado.

—Comprendido: se trata de dinero.

—Sí, señor. Quiere un adelanto sobre su pensión de divorcio.

—¡Es el colmo!—exclamó Jeff poniéndose en pie de un sal-

to.—. ¿Se cree que fabrico billetes? ¿Me toma por un millonario? ¡Su boca se ha hecho para pedir!

—Es que necesita un abrigo de pieles.

—¡Vaya una justificación! Yo también necesito una casa en la Quinta Avenida.

—Comprenda usted que...

—¡No la defienda! Mi mujer y usted están confabuladas para hundirme.

—¡Señor! Usted no puede creer lo que dice. Su esposa me es muy simpática porque hay pocas mujeres como ella. Pero yo no olvidaré nunca que estoy al servicio de usted.

—¡Esa es otra! ¡Que hay pocas mujeres como ella! Será para pedir.

—Usted mismo, en el fondo, la quiere. Si usted me permitiera un consejo...

—¡No me diga usted que suspenda la tramitación del divorcio! Por lo demás, puede aconsejarme.

—Es eso precisamente lo que quería decirle.

—Pues ya sabe la respuesta. Ahora escriba usted.

Se le había pasado el sueño. ¿No podía ser esto una prueba de que Clara le interesaba todavía?

—Escriba, escriba.

Y Jeff empezó a dictar:

“Querida Clara: no puedo concederte ningún adelanto sobre una pensión que no sé si tendré que darte. Te agradeceré que no insistas sobre este punto. Por lo demás, sabes que siempre me tienes a tu entera disposición. Te adora,

Jeff.”

—¿He dicho “te adora”? —exclamó Jeff de súbito—. ¡No, no escriba usted eso!

—Ya está puesto —repuso la secretaria.

—Está bien. Puede usted dejarlo. Pero no crean ni usted ni ella que por eso se va a suspender la tramitación del divorcio.

—Dios me libre de creer semejante cosa!

Jeff se retiró a su habitación.

Aun no se había acostado cuando entró el mayordomo.

—¿Ya se han marchado todos? —preguntó Jeff.

—Sí, señor. Todos se marcharon por su propia voluntad. Uni-

camente he tenido que echar a uno. Creo que da usted un coñac demasiado bueno.

—¿De veras lo crees?

—Es un gran coñac, señor.

—Comprobémoslo.

El mayordomo sacó una botella y dos vasos y lo depositó todo sobre un velador, al mismo tiempo que una baraja.

Se pusieron a jugar y a beber.

—La señorita Manners está muy satisfecha de su consejo, Jeff —dijo el mayordomo, que trataba a su señor con gran confianza.

—Ya lo sé. He estado hablando con ella.

—Quería continuar la conversación ahora, pero yo le he dicho que se había marchado usted.

—Has hecho bien. Habría terminado por enamorarme de ella.

—¡Ese peligro lo corre usted tantas veces...!

—¿Y eso te parece mal?

—Es poco serio.

—¿También tú defiendes a mi esposa?

—La defiendo porque se lo merece.

—Pues haz el favor de no volver a nombrarla en mi presencia.

—Pero, ¿qué le ha hecho?

—¿A ti qué te importa?

—¿No ha de importarme? Todo lo de usted me importa y ella es su esposa todavía.

—Muy pronto dejará de serlo.

—¡Qué obstinación!

—La ruptura fué inevitable. Cometió un gran error.

—¿Cuál?

—El de demostrarme que tenía talento. No quiero personas inteligentes a mi lado.

—Gracias por la parte que me toca.

—¡Ironías no!

III

Un corto viaje por mar.

Jeff estaba reclinado en la borda, con el pensamiento en tensión como de costumbre, cuando advirtió a su lado un movimiento sospechoso.

Se volvió rápidamente y vió que una joven se disponía a arrojarse al agua.

La cogió del brazo y le preguntó:

—¿Qué hace usted?

Pero ella, en vez de contestarle, se desprendió de las manos de Jeff y se lanzó al agua.

Sin vacilar, el cuerpo de Jeff siguió al de la joven.

Con gran destreza sujetó el joven el cuerpo femenino.

—¡Déjeme usted!—protestó la suicida.

—Si la dejara se hundiría.

—¡Eso es lo que quiero!

El barco había continuado su camino, pero habían arriado un bote de salvamento que recogió inmediatamente a los naufragos.

Estaban a menos de una milla del puerto. No había ningún peligro.

Ya en el bote, Jeff exclamó:

—¡Bueno ha quedado por culpa suya mi traje nuevo!

—¿Por culpa mía? No acepto la responsabilidad. ¿Quién le ha dicho que me salvara?

—Sólo un miserable habría permanecido de brazos cruzados en esta ocasión.

—Ser un hidalgo tiene sus inconvenientes

Jeff examinó a la joven de arriba abajo.

Las ropas mojadas se ceñían a las femeninas curvas poniendo de relieve una armonía de formas nada común.

“Es una delicia”, se dijo Jeff después de comprobar que el encanto se extendía al rostro.

—¿Por qué se quería usted suicidar?

Ella se encogió de hombros.

—¿A qué seguir viviendo? No tengo trabajo ni ilusiones que me liguen a la vida.

—¿Cómo se llama usted?

—Mini Marten.

—Pues bien, Mona. Yo le proporcionaré un empleo. ¿Qué es lo que usted sabe hacer?

—He sido camarera hasta hace poco.

—¡Bah! Eso es poco para usted. Le buscaré algo mejor. Pero lo primero que ha de hacer es cambiarse el nombre. Llamándose Mini no irá a ninguna parte. La llamaremos Mona Martini.

—¿Piensa usted dedicarme al cine?—preguntó la joven ironíamente.

—¡Quién sabe! Cosas muy grandes he hecho.

—¿Por qué se muestra tan generoso conmigo? ¿Piensa cobrarse?

—Pienso tan sólo que es usted muy bonita. Con esa cara y ese cuerpo se puede llegar muy lejos.

—Pero no adonde usted pretende llevarme.

—Usted no puede saber lo que pretendo yo.

—Vaya si lo sé. Y le advierto que por gratitud no conseguirá usted nada. Habrá de conquistarme si quiere usted lograr algo más que mi amistad.

—Creo que corre usted demasiado. De momento considérese usted salvada y déjese guiar por mí. Le aseguro que no ha de pelearle.

—Seré una alumna aplicada.

—Los reporteros nos estarán esperando en el muelle y...

—¿Los reporteros? ¿Cómo pueden haberse enterado tan pronto?

—Mi mayordomo y hombre de confianza venía conmigo. El

sabe muy bien que hay que avisar inmediatamente a la prensa cuando me ocurre algo extraordinario.

—Se ve que es usted un gran organizador.

—La vida es dura. Hay que aguzar mucho el ingenio. Por ejemplo, en este caso hemos de inventar algo nuevo y sensacional para la prensa.

—Invente usted.

—Pues verá. Debe decir que estaba contemplando el mar, cuando experimentó una fascinación extraña. Se sintió atraída por una fuerza misteriosa y se arrojó. Eso la convertirá en un caso clínico. La visitarán los hombres decencia. Su nombre se hará popular...

—¡Es usted admirable!—exclamó Mona.

—A ver cómo representa usted su papel.

—Por ese lado puede estar tranquilo. Tengo ciertas condiciones de actriz.

Y no hablaron más hasta que llegaron al muelle.

IV

Los presagios de Jeff se cumplieron. Allí estaban los reporteros esperándoles.

Se tiraron placas. Empezó el interrogatorio.

—¿Por qué se ha arrojado usted al agua, señorita?

Jeff le guiñó un ojo como diciéndole: "Ha llegado el momento de contar la historia", y Mona, un tanto cohibida al principio, explicó:

—Estaba contemplando las aguas. Mil reflejos deslumbradores tejían encajes maravillosos en la superficie...

Había pronunciado estas palabras como el colegial que repite una lección aprendida de memoria, pero poco a poco se fué entusiasmado y puso un gran calor en sus declaraciones, al mismo tiempo que la fantasía se desbordaba en su linda cabeza.

—De pronto percibí una sombra a mi lado. Me volví y vi que este caballero empalidecía. Tenía una expresión extraña, de demente. Dió un salto y se arrojó a las aguas. Yo me lancé tras él decidida y he conseguido salvarle.

Jeff estaba estupefacto. ¡Caramba con la niña! "Esta tiene más imaginación y más frescura que yo", se dijo.

—¿De modo que usted se ha arrojado para salvar a este caballero?

—Sí, señor—repuso Mona con aplomo.

Jeff le dirigió una mirada furibunda. ¡Ahora resultaba que el suicida era él!

—Cuando se quedaron solos, ella se disculpó:

—Perdone usted. Se me olvidó lo que tenía que decir y ha sido preciso inventar algo.

—Ya veo que tiene usted una inventiva que ni Julio Verne.

—¿Lo he hecho mal?

—Greta Garbo no lo habría hecho mejor.

—Celebro no haberle hecho quedar mal.

—Hubiera preferido haber quedado un poco peor.

* * *

Desde aquel momento empezó una nueva vida para Mona.

Al día siguiente, aprovechando una de las frecuentes visitas de Clara, Jeff dijo a la que todavía era su esposa ante la ley:

—Necesito que me ayudes.

—¿En el asunto de Mona?

—Sí. Ya veo que has leído los periódicos.
 —¿Qué nuevo negocio te traes entre manos?
 —Quiero hacer de Mona una gran dama.
 —¿Para enamorarte de ella entonces?
 —No.
 —Eso quiere decir que te has enamorado ya.
 —Tampoco.
 —¿Entonces...?
 —Entre una mujer y un hombre puede haber algo más que amor.
 —Si el hombre eres tú, lo dudo.
 —Entonces, ¿te niegas a ayudarme?
 —¡De ningún modo! ¿Qué puede importarme a mí que quieras a otra?
 —Gracias, Clara, eres admirable.
 —¿En qué consiste la ayuda?
 —En que enseñes a Mona lo mucho que sabes de la vida en sociedad. En que la refines, en una palabra.
 —Comprendido. Lo haré.
 —Gracias, querida mía. No esperaba menos de ti.
 Días después se presentaban Clara y Jeff en las habitaciones de la ex camarera. Mona estaba en manos del peluquero, la manicura y el pedicuro.
 En lo que se refería a su exterior, en aquella mujer no quedaba nada de la humilde camarera. Mona tenía el aspecto de una gran dama, de una de esas beldades que pasean su arrogancia por los salones de la aristocracia.
 —Estoy terminando—dijo Mona—, Soy con ustedes en seguida.
 En efecto, pronto estuvo Mona libre de las manos embellecedoras y, hecha una princesa, fué al encuentro de sus amigos.
 —¿Qué tal, joven?—preguntó Jeff.
 —Encantada de esta vida—repuso Mona—. ¡Son ustedes tan amables conmigo!...
 Y Clara se creyó en el caso de explicar.
 —Usted conservó la vida de Jeff y con ella mi pensión de divorcio. Bien puedo estarle agradecida.
 —¿Era sincera Clara? ¿Correspondía su estado de ánimo a aquel tono de despreocupación que empleaba?

Nadie podía saberlo. Lo único cierto era que Clara había amado mucho a Jeff.
 —Ahora — dijo Mona—, con el permiso de ustedes, voy a atender a ciertos quehaceres.
 Al verla marchar, Jeff sonrió satisfecho.
 —Se ve que tus lecciones le son muy provechosas—dijo.
 —Lo que yo veo es que tienes un interés excesivo por ella.
 —Es una mujer de talento y posee unas piernas monumentales. En mis manos llegará muy lejos.
 —Pero has de tener cuidado, no sea cosa que vayas a quedarte tú a mitad de camino.
 —¿Por qué dices eso?
 —Porque te crees infalible en todo y para muchas cosas eres un niño... Pero cuenta conmigo en todo.
 —Eres adorable... a pesar de que no quieras seguir siendo mi esposa.
 —¿De modo que soy yo la que no quiero? En fin, no volvamos a discutir lo que ya hemos discutido mil veces.

Y se hubiera dicho que en aquellas palabras había algo así como una remota sombra de amargura.

V

Mona estaba realmente muy ocupada.

De la masajista iba al peluquero y a la manicura y de éstos al profesor de inglés.

Después tomaba la diaria lección de baile.

Esto era sumamente importante para Mona. Adoraba el baile y tenía un gran maestro, uno de los mejores bailarines de los Estados Unidos.

Era éste Ramón Salinas, un conquistador que se había prendado de su discípula y que parecía empeñado en vencer aquella fortaleza.

Mona le seguía la corriente con tal de mantenerlo a su lado y poder intensificar así su aprendizaje.

Era un juego peligroso cuyas consecuencias no preveía Mona. Aquella noche la dedicó a Jeff.

En su cuaderno de compromisos figuraba el nombre de su protector como compañero de cena.

Clara los acompañó hasta el restaurante y allí se separó de ellos para unirse a un grupo de amigos.

Su perspicacia femenina le decía que Jeff desearía estar a solas con Mona.

Esta estaba realmente encantadora con su elegante vestido de noche que dejaba al descubierto todo el marfil de su garganta.

Sonaba una música deliciosa.

—¿Quieres que bailemos? —preguntó Jeff.

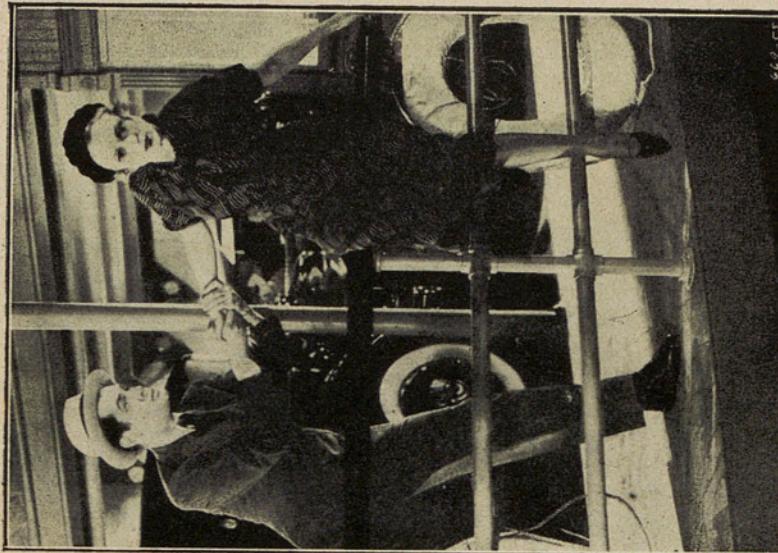
—Ahora no. Hay mucha gente.



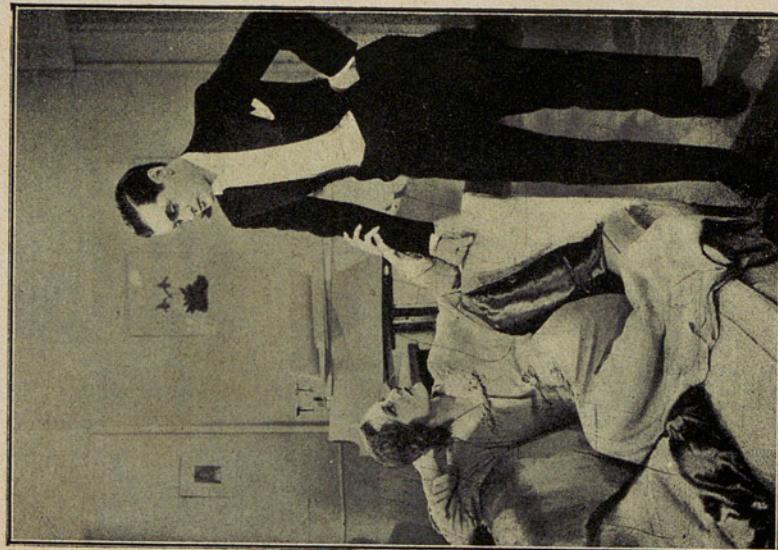
Pasó el brazo por los hombros de la joven.



—Debe usted cobrar más.



—¿Qué hace usted?



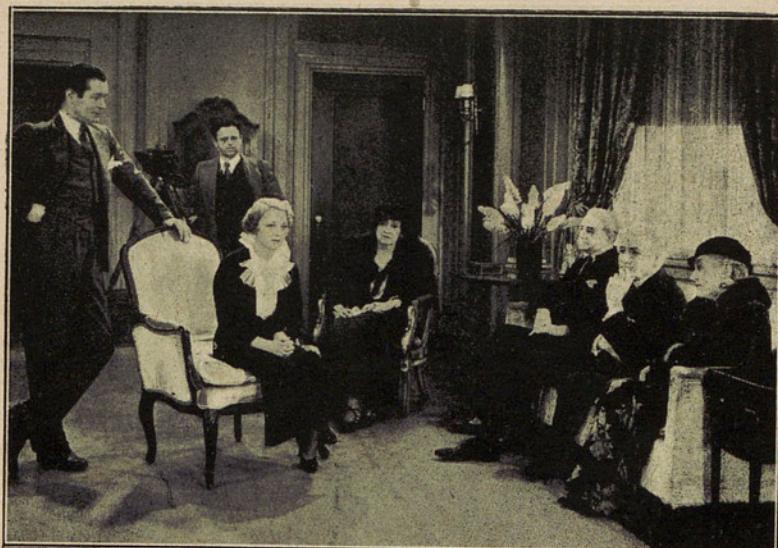
—Necesito que me ayudes.



Mona estaba en manos del peluquero, la manicura y el pedicuro.



Un caballero de edad madura se acercó a saludar a Mona.



Los visitantes miraban a Mona con curiosidad.



Estaba Jeff hablando por teléfono cuando se presentó Mona.

Jeff esperó con paciencia a que el salón se despejara, cosa que, probablemente, no ocurriría en toda la noche.

—¿Una excusa de Mona para no bailar con él? Probablemente.

Pero Jeff estaba tan enamorado o tan encaprichado de aquella singular mujer, que pasaba por todo.

Un caballero de edad madura se acercó a saludar a Mona.

—¿Qué cuenta la mujer más bella del mundo?—preguntó galantemente.

—No sé—repuso Mona con una sonrisa—, no conozco a esa "miss Universo".

—Vaya si la conoce. La ve usted todos los días cuando se mira al espejo.

—Muchas gracias por la galantería.

Este diálogo molestaba extraordinariamente a Jeff que tamborileaba en la mesa para desahogar su nerviosismo.

—¿No me invita a sentarme, Jeff?—preguntó el caballero.

—No soy tan tonto—repuso Jeff francamente.

—Dispensa, hombre.

Y añadió dirigiéndose a Mona:

—Vaya un humor que tiene hoy tu amiguito.

Y se marchó después de dirigir a Mona una mirada llena de avidez que produjo en Jeff el efecto de un botón de fuego.

—Pero, ¿qué te pasa, hombre?—le preguntó Mona.

—Que estoy celoso hasta de ese viejo verde—confesó Jeff en un arranque de sinceridad—. ¡Y yo que me jactaba de no ser exigente!

—Se ve que has cambiado mucho.

—Tú me has hecho cambiar.

—¿Yo?

—Sí.

Y poniendo todo el fuego de su corazón en sus palabras, añadió:

—Y aunque te parezca ridículo, he de decirte que estoy loco por ti. Que te amo como no he amado a nadie jamás.

Estas palabras sólo inspiraron a Mona el siguiente comentario:

—¡Qué bueno eres!

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—No pretendas hacerme creer que un hombre como tú, que en

amor ha tenido cuanto ha querido, puede acabar enamorándose de una pobre muchacha como yo.

Jeff no pudo replicar porque en este momento se acercó Salinas, el maestro de baile, que empezó a dirigir galanterías a Mona.

Hablaban en el tono del hombre que se sabe irresistible.

—Cada vez estoy más orgulloso de tener por alumna a la mujer más hermosa del mundo.

—Acabaré por creérmelo—repuso Mona envanecida.

—Todo lo que yo la diga se lo puede usted creer.

—Un gran bailarín es siempre un hombre temible.

—Pero no ante una mujer como usted. Entonces es una víctima.

Y cuando el bailarín se alejó, Jeff dijo a Mona, indignado:

—No podías haber escogido un profesor de baile más imbécil.

—Pero, ¡baila tan bien!

—¡Ah, vida estúpida!

—Tranquilízate. Ahí viene tu esposa que te va a invitar a bailar.

En efecto, llegó Clara.

—¿No bailan ustedes?—preguntó.

—No—repuso Mona—. Pero a Jeff se le van los pies en este tango.

—Entonces habrá de bailarlo conmigo.

Y marido y mujer empezaron a girar pausadamente enlazados por el talle.

—¿Ya te has declarado?—preguntó Clara.

—Sí.

—¿Y qué?

—Lo ha tomado a broma. Es triste que lo sublime haya de parecer siempre ridículo. Decir "te amo" mueve a risa.

—Es que el romanticismo ha pasado a la historia.

—En efecto; estamos en el siglo de las máquinas. Tanto materialismo repugna. Si nos avergonzamos del amor debemos avergonzarnos de haber nacido.

—Lo que no comprendo es cómo quieres casarte con ella, tú que siempre me has hablado tan mal del matrimonio.

—Siento por las ligaduras conyugales tanta antipatía como

tú. Pero el matrimonio da el derecho de posesión y sé estimar esa ventaja.

—Antes también te repugnaba la idea de posesión.

—Pero ahora, todo ha cambiado.

—En efecto—repitió como un eco Clara—. Todo ha cambiado. Y Jeff, exaltándose, añadió:

—¿No comprendes, Clara? Esta mujer es una creación mía. Es como si la hubiera hecho de barro. Y estoy por decirte que de barro la he hecho porque del barro la he sacado.

—Eso es lo que te pierde, Jeff. No sabes hablar bien de nadie. Te crees el único ser puro. Los demás sólo son para ti muñecos de arcilla. Te ciega la vanidad.

Habían terminado de bailar y se dirigían a la mesa donde esperaba encontrar a Mona.

Pero no estaba allí la joven.

En cambio hallaron un papel que decía:

“Ven con nosotros, Mona, pero sin Jeff”.

—¿Había quedado allí aquel billete por descuido?

—Lo había dejado Mona intencionadamente para que Jeff la dejara en paz por aquella noche?

Acaso fué esto último.

Y Jeff, que en medio de su ceguera conservaba un resto de orgullo, se marchó a casa sin ni siquiera despedirse de Mona.

VI

A primera hora de la mañana Jeff despertó sobresaltado. El timbre del teléfono sonaba insistentemente. Tendió la mano hacia la mesita de noche, descolgó el auricular y oyó estas dramáticas palabras de Mona, pronunciadas con tono angustiado:

—¡Es preciso que vengas inmediatamente! ¡Acabo de matar a Salinas!

Jef se sentó en la cama de un salto.

—Silencio. No pronuncies una palabra más. ¿No comprendes que alguien puede oírnos?

—Es que...

—¡Calla! Voy ahora mismo. No dejes entrar a nadie. Desgárrate el traje. Vuelca algunas sillas. Espérame. Ahora mismo soy contigo.

Jeff saltó de la cama. Llamó al mayordomo.

—¡Vísteme sin pérdida de tiempo! —ordenó.

Y mientras el mayordomo cumplía el mandato, Jeff comunicaba con el inspector de policía.

—Soy Jeff. He de pedirte un gran favor. Ve inmediatamente a la avenida del Madison, núm. 11 y espérame allí. No preguntes nada y ve si de verdad eres amigo mío.

Colgó el aparato. Otro número. El del abogado.

—Schulz. Ve a esperarme a casa de Mona. Ahora mismo. Es un asunto inaplazable.

Ya tenía puestos los pantalones y los zapatos. Ahora se puso la camisa y comunicó con el domicilio particular del juez Sunday.

—Amigo Sunday, dentro de una hora le entregaré a una homicida. ¿Qué fianza será necesaria para ponerla en libertad?

Conocida la cifra, Jeff colgó el transmisor, se puso la americana y llamó por el hilo telefónico a Repedis, un miserable que parecía pobre y tenía más dinero que pesaba.

Le exigió un préstamo con el interés habitual a condición de que le entregara el dinero en el plazo de una hora.

Un cuarto de hora después Jeff y todos sus amigos estaban reunidos ante la casa número 11 de la calle de Madison, donde Mona vivía.

El mismo Jeff dispuso que a la puerta se quedaran dos agentes y subió al piso acompañado del inspector y del abogado.

Al abrir la puerta, se encontraron con Mona, que, con los cabellos y las ropa en desorden, lloraba horrorizada en un sofá.

Jeff se dirigió a ella, seguido del abogado, mientras el inspector se dedicaba a examinar el cuerpo de Salinas que yacía en el suelo con una herida en el corazón.

“¡Qué buena puntería tienen las mujeres!”, se dijo.

Y antes de que Jeff tuviera tiempo de dar instrucciones a Mona, el inspector se reunió con ellos.

—Cuéntenos lo ocurrido —dijo brevemente.

Mona dirigió a Jeff una mirada de perplejidad y él pensó:

“Ahora es cuando me vas a probar si realmente eres buena actriz”.

Temía que Mona iba a echarlo todo a perder, pero pronto pudo convencerse de que estaba equivocado.

No era Mona de las que pierden la serenidad y la inventiva cuando más necesitan de ella.

—Salinas —dijo— me acompañó a casa porque hoy iba a marcharse de viaje y quiso que nos bebiéramos juntos una copa para celebrar la despedida... Empezó a ponerse insolente y llegó un momento en que hube de darle un bofetón. Esto lo puso fuera de sí. Se abalanzó sobre mí dispuesto a obtener por la fuerza lo que yo no le otorgaba de buen grado... Yo retrocedí... Mi mano tropezó con un revólver. Lo empuñé y encañoné con él a Salinas. Mi propósito era tenerle a raya; nunca disparar. Pero se abalanzó sobre mí, forcejeamos y... no recuerdo nada más.

“Vaya un papelazo”, pensó Jeff.

Y el inspector, que se perdía de largo, comentó:

—Mintiendo es usted insuperable. El juez va a tener con usted un trabajito que no se lo arriendo. Vámonos todos a la jefatura.

—Un momento, amigo mío—suplicó Jeff—. Permítanos que hablemos con el abogado defensor.

Accedió el policía, y Jeff, Mona y el letrado pasaron a una habitación inmediata.

VII

—Acabas de demostrarme que eres una maestra mintiendo—dijo Jeff con sarcasmo.

—He tenido un buen maestro.

—Ahora di la verdad.

—Ya la he dicho.

—Di toda la verdad si no quieres que me desentienda de todo. Entonces Mona, con un aplomo que sorprendió al mismo Jeff, declaró:

—Está bien. Van a saberlo ustedes todo. Salinas era amigo mío.

—¿Intimo?—preguntó Jeff.

—Bastante. Pero se le podía soportar porque no era exigente. Anoche cambiaron las cosas. Encontró aquí unas cartas de amor que un hombre rico me ha dirigido y se empeñó en que las aprovecháramos para un “chantage”.

—Comprendido—la interrumpió Jeff—. Los “chantages” quieren hacerlos por tu exclusiva cuenta.

—Tú lo has dicho, Jeff—convino Mona con sorprendente naturalidad.

—Sigue.

—Se puso exigente. Me amenazó. Estaba borracho. Intentó apoderarse de las cartas. Luchamos. El final pueden ustedes suponerlo.

El abogado estaba perplejo.

—Difícil asunto!

—Pero si es tan buena actriz—dijo Jeff sarcásticamente—, es fácil que se salve.

—Por lo pronto, no hay quien la libre de la cárcel mientras llega el día de la vista causa.

—Por esa parte puede estar tranquila, pues ya he hablado con el juez para que la deje en libertad bajo fianza.

—Piensa usted en todo.

—No hay medio de librarrla de la acción de la justicia—declaró Jeff—. Por eso me propongo que la justicia misma la salve.

* * *

Jeff lo tenía todo perfectamente preparado para el día de la vista.

Había envuelto aquel proceso en un reclamo que era una aureola para la acusada.

Todo el público estaría en favor de ella el día de la vista.

Jeff había hecho de ella un retrato espiritual que provocaba la simpatía.

Realmente aquel hombre estaba en todo.

Mona, con sus frivolidades, lo habría echado todo a perder.

Ahora mismo, cuando iba a recibir la visita de algunas personalidades cuyo ánimo pretendía Jeff predisponer en favor de ella, la encontró vestida con un traje llamativo que no era nada propio de la seriedad del caso. ¿Quién la habría considerado una víctima viéndola vestida de aquel modo?

—¡Pero si pareces una bailarina!—exclamó Jeff—. Quítate eso, mujer. Las personas que desean verte no se interesan por tus

pantorrillas, sino por tu situación. Quiere conocerte un famoso dramaturgo, una gran novelista y un psicólogo eminentes.

—Pues si quieres que te diga la verdad, no me explico ese interés. Otras mujeres han matado y nadie les ha hecho caso.

—Ni te lo harían a ti si no me hubiera preocupado yo de que te lo hicieran.

—¿Y qué voy ganando con eso?

—¡Vaya una pregunta! Pues ganarás toda la publicidad que te den con su nombre y su prestigio. ¿Comprendes? Has de apartar ser una dama.

Y él mismo buscó en su guardarropa un traje oscuro y señorial. Se lo entregó y le dijo:

—Oyelo bien: has de conducirte como una dama.

—Puedes estar tranquilo. No te haré quedar mal.

—Mientras te cambias de vestido voy a anunciarle.

Y pasó al salón donde esperaban los distinguidos visitantes.

—La señorita no se siente muy bien—dijo—, pero no tardará en salir.

En esto se dió cuenta de que en la pieza había una cuarta persona.

Era un fotógrafo.

—¿Viene usted a retratar a la señorita?

—Sí, señor.

—Yo le diré cómo ha de hacer la fotografía.

—Perfectamente. Muchas gracias.

En este preciso momento, apareció Mona en el salón.

Había adoptado un aire de tristeza que armonizaba con su vestido oscuro y con su dolorosa situación.

Sin embargo, al sentarse, Jeff tuvo que llamarla al orden.

—No enseñes las pantorrillas—le dijo en voz baja y con el mayor disimulo.

Ella obedeció, tirando hacia abajo del borde del vestido.

—Comprendo—dijo entonces—que ustedes se interesan por mi estado de ánimo en la víspera de la celebración de la vista.

—En efecto, señorita—dijo la escritora—. ¡Deben de ser tan interesantes sus sensaciones!

—Y amargas. El remordimiento me abruma.

Los visitantes miraban a Mona con curiosidad.

En este momento anunciaron a Jeff que unas señoras deseaban hablar con él.

Y Jeff, satisfecho del tono que había dado Mona al comienzo de la entrevista, se retiró tranquilo.

VIII

Las tres señoras que deseaban ver a Jeff eran tres tipos por demás pintorescos.

Parecían tres características con mucho carácter y pocas contratas.

—Ustedes—les dijo Jeff—asistirán al proceso haciéndose pasar por las tías de la joven. Cuando les haga yo esta señal (y sacó el pañuelo del bolsillo de pecho de la americana) ustedes romperán a llorar.

—Eso es muy fácil para mí—dijo una de las señoras—. Lloré mucho cuando mi marido se murió y cuando pasé el primer día sin comer.

—Supongo que sabrán llorar con sentimiento.

—¡Ya lo creo! Verá usted.

Y la que así había hablado prorrumpió en un llanto estrepitoso que se contagió a las otras dos.

—Dije llorar “y no bramar”—tuvo que advertirle Jeff.

—¿Y qué hay de los honorarios?—preguntó una de ellas poniéndose serio de súbito.

—Quince dólares.

—Quince dólares? Es muy poco. Lo menos que nosotras co-

bramos por representar papeles así, es decir, "embolados" de esa categoría, son veinte dólares.

—Tengo tantas plañideras como quiera a diez dólares. De modo que si no les conviene, pueden marcharse.

En vista de la actitud resuelta que había adoptado Jeff, las tres señoras se apresuraron a aceptar los quince dólares.

Entonces Jeff volvió al salón.

En aquel preciso momento el fotógrafo impresionó una placa con un fogonazo de magnesio.

Y cuando el deslumbramiento le pasó, Jeff se quedó estupefacto ante la escena que se presentó a sus ojos.

Allí estaba Mona, con un revólver en la mano y una actitud más propia de una valiente amazona que de una dama triste.

Jeff se llevó las manos a la cabeza y después, dándose cuenta de que Mona dirigía el revólver hacia él dió un salto.

—¡Cuidado! —gritó arrebándole el revólver.

Y aprovechó este momento para decirle en voz baja:

—Buena la has hecho. ¿Te crees que estás en un escenario?

Los visitantes, un tanto sorprendidos ante el cariz películesco que habían tomado las cosas, se habían puesto en pie para marcharse.

Y como las plañideras seguían llorando para demostrar a Jeff sus aptitudes, éste explicó:

—Son las tías de la joven que acaban de llegar. Las pobrecitas están desoladas.

—¡Caramba! No es para menos —dijo la novelista.

Y Jeff comprendió que añadió con el pensamiento:

“Lo extraño es que esta joven esté tan encantada como si mañana fuera a asistir a un partido de *rugby*.”

Mona, haciendo gestos de mujer fatal, acompañó a los visitantes hasta la puerta.

Fué el momento que Jeff aprovechó para entendérselas con el fotógrafo.

—¿Está satisfecho de su fotografía?

—Sí, señor. Resultará sensacional.

—Ella tenía el revólver en la mano. ¿Verdad?

—Sí, señor.

—¿Es ésta?

Y al mismo tiempo que formulaba la pregunta sacaba el chasis que el fotógrafo llevaba en el bolsillo de la americana.

Como quien no da importancia al hecho, tiró de la tapadera del chasis y la placa quedó expuesta a la luz.

—¡Oh! —gritó el fotógrafo.

—¿Qué pasa?

—¡Que me ha echado usted la placa a perder! ¡Me la ha vedado!

—¡Cuánto lo siento! Eso me ha pasado por no saber absolutamente nada de fotografía.

Y mientras el reporter gráfico se marchaba desolado, Jeff respiraba.

—Esa fotografía —dijo a Mona— te hubiera perdido. Si llega a publicarse, mañana vas a la silla eléctrica.

Mona se estremeció.

Fué como si las trágicas palabras la despertaran a la siniestra realidad de su situación.

Y entonces se acogió temerosamente a la protección de Jeff.

—Siento no haber sabido interpretar tus deseos.

—Tranquilízate. Por fortuna, estoy en todo. He trabajado como un loco por ti. Impedí que te encarcelaran. Pero procura obedecerme para que todo siga por el buen camino que ha empeñado.

—¡Cómo no he de obedecerte si eres mi único amigo!

—¿Único? —preguntó Jeff irónicamente—. ¿Dónde dejas entonces al viejo Boylan y... a los demás?

—Te juro que no hay otro más que tú —replicó Mona con súbita vehemencia—. Te quiero.

Pero Jeff, que tenía sobrados motivos para no creer en ella, repuso:

—Veremos si mañana, después del proceso, dices lo mismo.

—Tengo miedo.

Y la voz le temblaba. La forma siniestra de la silla eléctrica se había fijado en su mente.

—Entonces me quieras por temor —dijo Jeff con exacta visión de los hechos.

—No, te quiero porque me salvaste la vida.

—Y porque deseas que te la vuelva a salvar.

—Jeff, ¿cómo puedes pensar eso de mí?

—¡Bah! No temas. Te defenderé hasta el último momento. Aunque no creyera en tu amor, me bastaría creer en el mío.

IX

Una multitud ávida de emociones llenaba la sala.

El abogado defensor y Jeff estaban un poco preocupados.

En dos ensayos que acababan de realizar, Mona no había demostrado el necesario dominio de sí misma para representar su papel como Jeff quería que lo representara.

Le faltaba el calor de la sinceridad, aquella vehemencia que había de influir decisivamente en el jurado y en el público.

Pero estos temores se desvanecieron muy pronto.

Cuando Mona comenzó su declaración se hizo un silencio sepulcral.

Primero explicó sus inocentes relaciones con el hombre que era su maestro de baile. Siempre se había portado correctísimamente con ella. Hasta que la noche del suceso se insolentó.

—Estaba sola—gimió Mona—. No tenía defensa posible. Aquel hombre iba a robarme la honra, iba a hacer pedazos mi vida... Retrocedí aterrada... Mi mano tropezó con un revólver. Pensé en que una fuerza sobrehumana lo había puesto allí para que yo pudiera defenderme. “¡Atrás!”, grité encañonándole. La idea de disparar no había pasado por mi pensamiento. Sólo quería amedrentarlo. Pero él se abalanzó sobre mí y luchamos. ¿Quién disparó el revólver? No lo sé. Yo había perdido el conocimiento.

Un rumoreo de emoción llenó la sala.

—Se suspende la sesión para dar lugar a la deliberación del jurado — dijo el presidente.

Todos desfilaron.

Mona siguió al abogado defensor a su despacho.

—¿Qué le ha parecido?

—¡Admirable! Es usted una gran actriz.

—¿Dónde está Jeff?

—Se ha ido a comer con su esposa.

En efecto, Jeff y Clara se habían reunido en un restaurante próximo.

—¿Qué te ha parecido?—preguntó el marido.

—Que ha representado perfectamente su papel, pero que es una mujer detestable.

—¿Por qué detestable? Hablas así porque estás celosa de ella.

Estas palabras hirieron a Clara en su orgullo.

—Yo celosa de una mala mujer? No he caído tan bajo. Lo que sucede es que a ti no se te pueden decir las verdades. Sólo admites adulaciones. Y por eso tú y yo terminamos para siempre. La mujer que tú has creado, lodo era y lodo sigue siendo. No debes estar orgulloso de tu obra.

—Como de costumbre, no hay medio de comer en paz contigo. Hemos terminado.

—Para siempre!

Y cada cual se marchó por su lado.

El veredicto del jurado, como se esperaba, fué absolutorio.

Mona estaba radiante de alegría.

Todo el mundo felicitaba a la triunfadora.

—Cuando hayas terminado de recibir felicitaciones—le dijo Jeff—ve a tu casa. Te espero allí.

—Está bien—dijo ella un tanto distraídamente y como si le interesaran mucho más las escenas de que estaba siendo protagonista que una conversación con su “único amigo”.

Estaba Jeff hablando por teléfono cuando se presentó Mona.

Oyó la joven hablar de un pasaje.

—¿Es que te vas?—preguntó.

—No—repuso Jeff—. Preparaba tu marcha.

—Mi marcha?

—Sí. Te conviene pasar una temporada en el extranjero.

—¿Irme ahora? Sería una locura. Pienso dedicarme al teatro y he de aprovechar el ardor publicitario de estos momentos.

—Ya sabía yo que habían de cambiar las cosas cuando terminara el proceso.

—Soy la misma de ayer—declaró Mona sin la menor convicción.

—¿Dispuesta a obedecerme?

—Claro.

—Me lo vas a probar.

—¿Cómo?

—Quemando las cartas del viejo Boylan.

—¿Por qué he de quemarlas? No acostumbro quemar la correspondencia que recibo.

—Veo que no has escarmentado. Después de lo ocurrido sigues pensando en el “chantage”. Tenía razón quien me dijo que barro eras y barro sigues siendo. Lástima de tiempo que he perdido contigo.

Y se marchó oprimido por una profunda decepción.

No podía amar a una mujer que abrigaba instintos tan miserables.

Acaso no la había amado nunca. Acaso todo se había quedado en una simple obsesión por fin desvanecida.

Se dirigió a su despacho.

El mayordomo le salió al encuentro para decirle que le esperaba el alcalde.

Y la respuesta del señor fué la siguiente:

—Prepara las maletas. Nos vamos a París.

—¿Cuándo?

—Inmediatamente.

—Pero...

—Tenemos el tiempo justo para embarcar.

Y ya estaba a bordo, cuando Jeff se dijo:

—Con las prisas se me ha olvidado algo muy importante.

El buque acababa de zarpar.

Jeff redactó el siguiente cable:

“Clara Bidwell.

“Sería magnífico que embarcaras en la primera canoa disponible para dar alcance al buque. Como no sé francés, necesitaré en París una mujer que conozca el idioma para poder discutir con ella a la hora de la comida. Te adora,

Jeff.”

Se lo entregó al mayordomo para que lo llevara al telegrafista y se dirigió a su camarote.

Al abrir la puerta, se quedó estupefacto. Allí estaba Clara, esperándole con una dulce sonrisa.

—¡Caramba!—exclamó Jeff alegramente—. ¡Qué buen servicio hay a bordo! Acabo de ponerte un cable y ya estás aquí.

—No era cosa de que te dejara marchar solo.

—Desde luego, querida. Ahora me he convencido de que yo sin ti no soy más que medio Jeff.

—Y yo sin mi marido, media Clara.

—Pues vamos a completarnos.

Y se abrazaron estrechamente, mientras el buque se dirigía hacia un nuevo país y una vida nueva.

FIN

Números publicados:

- REINA EL AMOR, por Claudette Colbert y Frederich March, etc.
 EL PODER Y LA GLORIA, por Colleen Moore y Spencer Tracy.
 LA VIDA EMPIEZA, por Loretta Young, Tommy Brown, etc.
 SU ULTIMA PELEA, por Douglas Fairbanks, Jr. Loretta Young, etc.
 JUSTICIA DIVINA, por Charles Laughton, Maureen O'Sullivan, etc.
 TIERRA DE PASIÓN, por Clark Gable, Jean Harlow, etc.
 CONGO, por Lupe Vélez, Conrad Nagel, etc.
 NOCHE TRAS NOCHE, por George Raft, C. Cummings, etc.
 ENTRE LA ESPADA Y LA PARED, por Tallulah Bankhead, Gary Cooper, Charles Laughton, etc.
 EL ÁGUILA Y EL HALCÓN, por FREDRIC MARCH, etc.
 ESCÁNDALO EN BUDAPEST, por Franziska Gaal y Paul Horbiger.
 PIMIENTA Y MÁS PIMIENTA, por Lupe Vélez, Edmund Lowe, etc.
 YO SOY SUSANA, por Lilian Harvey y Gene Raymod, etc.
 EL ASESINO DIABÓLICO, por Lionel Atwill, C. Ruggles, etc.
 EL DIABLO SE DIVIERTE, por Loretta Young y Victor Jory, etc.
 LA NOCHE DEL PECADO, por E. Vilches, Medea de Novara, etc.
 PEGGY DE MI CORAZÓN, por Marion Davies, Oslow Stevens, etc.
 ANA, LA DEL REMOLCADOR, por Wallace Beery, M. Dresler, etc.
 LA ULTIMA NOVELA, por Carlota Susa, Felix Bressart, etc.

Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

Ultimos éxitos publicados:

DESFILE DE CANDILEJAS

por James Cagney, Joan Blondell, Ruby Keeler, etc.

AVES SIN RUMBO

por Irustia, Fugazot y Demare, etc.

SIMONA ES ASÍ

por Meg Lemonnier y Henry Garat, etc.

PESCADA EN LA CALLE

por Sylvia Sidney, George Raft, etc.

UNA NOCHE EN EL CAIRO

por Ramón Novarro, Myrna Loy, etc.

ROSA DE MEDIANOCHE

por Loretta Young, Ricardo Cortez, Franchot Tone, etc.

EL REY DE LA PLATA

por Edward G. Robinson, Bebé Daniels, etc.

SOBRE EL CIENO

por Florencia Belsy, Carlos Llamazares, etc.

Las sorpresas del coche-cama

por Elorelle, Claude, Dauphin, etc.

SOL EN LA NIEVE

por Ana Tur, Angeles Cantero, etc.

Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

;No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Pasaje de la Paz, 10 bis..Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y sin compromiso, a quien nos los solicite.

